

Me siento muy feliz de participar en este seminario sobre la palabra y sus exigencias, aunque no deje de resultarme irónico el estar incluida en él, pues no conozco a fondo ninguna de las lenguas que empleo para comunicarme. Mi lengua natal fue el francés, que aprendí con una madre rusa, que lo hablaba mal. Por otra parte, el uso correcto de la lengua francesa requiere de largos, arduos y rígidos estudios, que comprenden todos los años de la primaria y secundaria que no los tuve en Francia. Mis estudios del francés terminaron a la edad de doce años cuando nos mudamos a los EEUU a causa de la guerra mundial. Allí hice, en inglés, mi escuela secundaria y universitaria y finalmente, a los 23 años, me enfrenté con la lengua española y con la cultura latinoamericana en forma totalmente pragmática y autodidáctica. Así, en lo concerniente a la palabra carezco de ciertas nociones básicas en cada una de las lenguas en que me expreso, no fui mecida con las canciones de cuna de la cultura francesa y esta lengua se atrofió en mí al nivel del uso cotidiano de una pre-adolescente, aunque tengo la ventaja de usar correctamente en ella las formas apropiadas de las preposiciones que tanta dificultad me causan en español. En cuanto a lo puramente formal, la lengua que mejor domino es el inglés, pero entonces ¿por

qué he escogido expresarme en español? Primero, porque escribo para comunicarme en mi entorno latino y tal vez principalmente, porque habiendo tenido la suerte de conocer el español, encuentro que es una lengua admirablemente maleable. Se presta, cuando uno quiere, al lirismo poético y fluido inherente a la lengua francesa y al mismo tiempo se puede volver recia y fuerte como el anglosajón, así que para mí constituye una lengua más flexible que me permite expresarme con mayores y más ricos matices.

Sin embargo, no dominar una lengua no es solo desventaja: a pesar de sus inconvenientes, tiene también sus premios: por ejemplo distingo con facilidad en Español las diferencias entre la b grande y la v chiquita así como los usos de las s es y cs , pero lo mas importante es que me doy cuenta de que tengo el hábito de no pensar en palabras ni en frases, sino en imágenes, que luego traduzco a palabras.

Esto, en cierta manera impide que me vea invadida por frases y conceptos predeterminados o clichés; cuando uso dichos comunes o frases hechas, es porque me llamaron la atención y tengo ganas de desmenuzarlos, indagarlos y a veces, hasta de destrozarlos. Me valgo de este mecanismo para algunos de los títulos de mis editoriales en el

periódico **La Hora**, por ejemplo, “La ternera que pronto será vaca”. “El pasado no ha pasado”. “Los derechos inhumanos de los gobiernos”.

Una maravillosa profesora mía, Margeret Slauch, conocedora de 52 lenguas y autora de la obra “El don del lenguaje” escribió “ Es posible que sepamos muy poco acerca del origen del lenguaje humano, pero podemos asumir que desde sus comienzos los hombres encontraban en su lengua, placer, además de su utilidad práctica; así, no solo se empleaba el lenguaje para hacer la vida más fácil, sino también para provocar satisfacción estética. Podemos asumir que desde el tiempo en que nos humanizamos, hemos sido conscientes de que hay maneras más amenas que otras de expresarnos . No hay motivo para asumir que seamos máquinas animadas, contentas de expresar un deseo con escueta eficiencia. Así como la temprana alfarería muestra anhelo de diseño, las sentencias primitivas seguramente lo hacían también.””

La palabra es el instrumento del pensamiento, es equivalente al color en la paleta del pintor; con ella se compone la frase, se expresa el pensamiento y los sentimientos y el no estar limitada a una sola lengua me permite acercarme a diferentes modos de percibir la realidad.

La creatividad es un concepto que siempre me ha preocupado: he dado conferencias y he escrito ensayos sobre este tópico. Parto de la premisa de que no hay nada nuevo bajo el sol, así que la creatividad no significa la posibilidad de crear algo de la nada, sino la de alumbrar diferentes facetas de la realidad. En resumen, la misma etimología del término *creatividad* parece revelarme su secreto: La raíz *cre* significa ‘aumento’, en latín. *Cre-ación*, es el ‘aumento de la acción’. *Creatividad*, es el aumento de la actividad, un acrecentamiento del ‘hacer algo’. *Creecer*, ‘aumento del ser’, *cre ar*: aumento del *ars*, de la industria o el arte en su sentido más amplio. *Ex cremento*: producto rechazado del aumento. *Aumento* es la incorporación de un nuevo elemento, igual que la inseminación. El óvulo existe individualmente, el espermatozoide existe individualmente, pero unidos, incorporados, *crean* un nuevo ser. Así funciona toda la creación. Me acerco a la palabra, a su etimología, porque pienso que en ella encuentro los restos arqueológicos del pensamiento humano y que desmenuzándola, se descubre nuestro ser.

Allí creo que radica mi creatividad, porque no tengo creatividad para inventar personajes ficticios: más bien envidio a los escritores que tienen un personaje que cobra vida dentro de ellos, que se desarrolla en

su interior y que les dicta y hasta les sorprende con sus actuaciones; además, tener un personaje interior debe ser un magnífico antídoto contra la soledad. Para mí la vida real es demasiado confusa y misteriosa para permitirme involucrarme en la ficción. Como me decía mi correctora de **Una luz sin sombras**, que yo llamaba la trituradora: “Luce, tú nunca has tocado tierra”; y mis hijos me reprochan: “Mamá siempre esta en la luna”. Es verdad, no toco tierra y por esta misma razón la realidad me fascina: para mí, entrar en la realidad es entrar en el mundo de la ciencia ficción.

Cuando pinto, generalmente me limito a los objetos, al paisaje o a los seres que me rodean, justamente porque quiero conocerlos, entender su belleza, quiero topar su tierra. Y si me permito hablar de mi pintura es porque pienso que la pintura, la escritura, la poesía son simples instrumentos del artista. Creo que ante todo se es artista. Qué instrumento se usa para expresar la necesidad de creación que caracteriza al artista es cuestión del lenguaje que presta mejor servicio a su expresión, o para el empleo del cual tiene un don especial. Considero que el arte, en cualquiera de sus manifestaciones, es el lenguaje del espíritu. Es la vía de comunicación con el poder espiritual, con la

divinidad. Por esto, una obra de arte bella quita el aliento o produce escalofrío, o produce un remezón conceptual porque toca e ilumina un espacio desconocido de nuestro ser o de la realidad que percibimos.

Recibí un extraordinario curso dado por la filósofa Suzanne Langer, quien escribió un libro traducido a muchas lenguas que se titula **La filosofía de la nueva clave**, en él abarcamos seis meses para introducirnos en el estudio del signo y el simbolismo. Me ha servido a través de mi vida para depurar muchas de mis preconcepciones. Ella decía que una nueva idea es la luz que ilumina la presencia que no tenía forma para nosotros antes de que fuera iluminada. El signo es indicativo, impersonal, mientras que el símbolo lleva un pesado bagaje colectivo, además de personal, pero al mismo tiempo es el instrumento de la poesía. Es necesario concebir la realidad simbólicamente: el poder de la concepción para llegar al lenguaje y la poesía a través del uso del símbolo sincroniza múltiples conceptos, tanto visuales como sentimentales y conceptuales. No logro llegar a este proceso poético mediante el intelecto; abordarlo exige un proceso lento de maceración interior, de múltiples experiencias y sentimientos, hasta que un buen día se crea un cuerpo poético que fusiona los conceptos.

No me gusta escribir en difícil, porque me es difícil escribir; quiero transparencia, sencillez, lucidez en lo que expreso, porque no intento asombrar al crítico, al lector, al intelectual, o mostrarle cuántos conceptos complejos sé manejar, sino desnudar los conceptos para llegar yo misma a su comprensión con sencillez, y solo más tarde, compartirlos con el lector. Escribir para mí es aliviar mi carga de pensamiento y de obsesiones, abrir caminos a nuevas permutaciones; en terminología contemporánea, es limpiar el disco, tanto sentimental como conceptualmente, que luego llega a abrir sus puertas a nuevos archivos.

La palabra nos diferencia de los demás animales; nos vuelve humanos; nos humaniza y, al mismo tiempo, es nuestra arma de supervivencia. Pero es un arma de dos filos. Puede destruir tanto como construir; seducir, herir, convencer, instruir, implorar, denunciar, orar, hasta matar, como dijo Juan Montalvo. Efectivamente, la palabra es el verbo y es tan fundamental, que en ella radica el honor del ser humano que la emite.